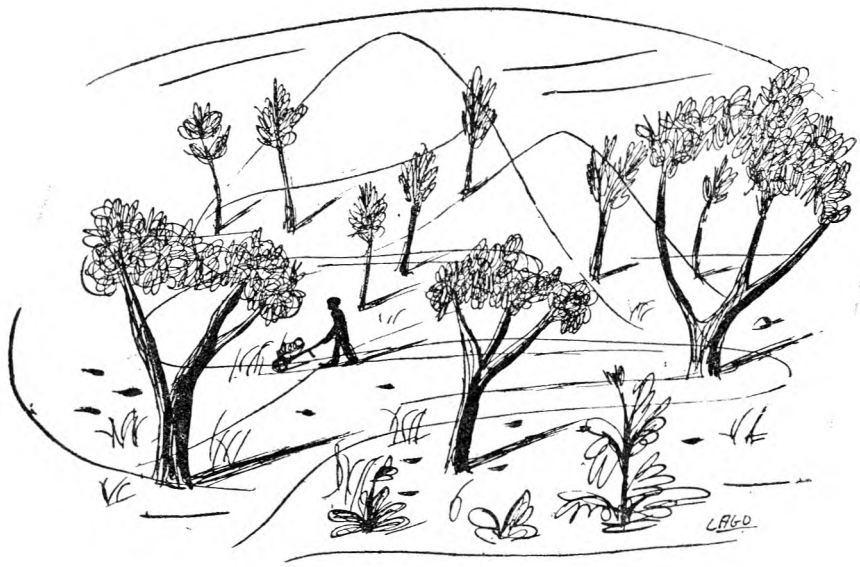

LA VOZ DEL CAMINO

POR

MARTIN HEIDEGGER

SALE *corriendo por la puerta del parque y se dirige hacia el bosque. Los tilos del jardín le miran por encima de la tapia, lo mismo por Pascua de Resurrección, entre sementeras y prados que empiezan a verdear, que por la Navidad, cuando les cubre una espesa capa de nieve. Después que ha llegado a la cruz del campo, toma el camino que se pierde en lo alto del bosque. En la linde le saluda la añosa encina, bajo la cual un banco de madera tosca convida al descanso.*

Muchas veces se sentó en este banco, y a su lado tenía abierto el uno o el otro libro de los grandes pensadores, tratando de descifrarlos con impericia juvenil. Con frecuencia los

enigmas se amontonaban, era imposible seguir adelante; pero entonces el camino le ofrecía su ayuda. Le ayudaba el camino que guía los pasos del caminante por la ruta trazada en la vasta llanura de la tierra pobre.

Todavía hoy, el pensamiento de los libros que leía en los tiempos pasados, y el que apunta en sus propios ensayos, se mueve también por la ruta que el camino ha marcado en la campiña. Y el camino está tan cercano de la huella del pensador como del paso del aldeano que en la madrugada pasa por él llevando sobre el hombro el dalle con que segara sus trigos.

Han pasado los años, pero la encina de la linde sigue despertando el recuerdo de los juegos juveniles y de las primeras decisiones de la infancia. Recuerda cómo a veces el hacha del campesino derribaba una encina en el interior del bosque. Entonces venía el padre a través de la maleza y de los claros llenos de sol a buscar el estéreo que le había tocado y a llevarlo a su taller. Allí trabajaba con cuidadoso esmero en las horas que le dejaba libres su servicio, pues tenía a su cargo el reloj de la torre que mide el tiempo y las campanas que anuncian la eternidad.

Con la corteza de la encina los chicos hacíamos barcos provistos de timón y de bancos de remos, y los echábamos al arroyo o en la fuente que hay junto a la escuela. Los barcos terminaban pronto su periplo y volvían siempre de nuevo a la orilla. El ensueño de estos juegos infantiles quedaba oculto bajo el resplandor que flota sobre las cosas y del que entonces apenas si nos dábamos cuenta. Los ojos y las manos de la madre marcaban los límites de su reinado. Parecía como si fuese su solicitud silenciosa la que se cuidaba de todos los seres.

Aquellas navegaciones de los juegos juveniles no sabían nada todavía de las peregrinaciones sin fin en que se dejan para siempre orillas que no han de volver a ser pisadas. Pero la dureza y el olor acre de la encina comenzaban ya a hablar, con una voz perceptible, de la lentitud y continuidad con que crecen los árboles. La encina misma anunciaba que sólo lo que así crece, tiene duración y produce frutos. Y más

todavía: que crecer significa abrirse a la infinitud del cielo y radicar en el seno oscuro de la tierra. Solidez tiene solamente la acción del hombre que está siempre dispuesto a escuchar la llamada del último cielo, sin abandonar nunca el refugio de la tierra alimentadora.

Esto es lo que dice la encina al camino que con seguridad imperturbable marcha sin pararse junto a ella.

Y es el camino el que reúne todos los seres que existen en sus alrededores, y el que da lo suyo a cada uno de los que pasan por él. Son siempre los mismos campos y las mismas praderas los que acompañan al camino; sólo su cercanía cambia según las estaciones del año. ¡De cuántas cosas es testigo el camino! Las montañas se hunden en la penumbra crepuscular más allá de la línea verde formada por los bosques; allí donde el camino trepa por las ondas de los montículos canta la alondra por la mañana la salida del sol, los leñadores vuelven al atardecer a sus casas cargados con haces de leña que han de calentar los hogares; los carros, tambaleantes, conducen las mieses a las eras; los chicos recogen flores en la linde de los prados; y, a veces, durante días seguidos, la niebla extiende su oscuridad y pesantez sobre los campos. Todo lo ve el camino y su voz repite siempre lo mismo.

En la sencillez está oculto el misterio de lo permanente y de lo verdaderamente grande. Repentinamente irrumpe en el hombre, pero necesita un largo tiempo de crecimiento. En la aparente insignificancia de lo siempre idéntico se encierran patencias regeneradoras. Esa extensión de las cosas naturales emplazadas a lo largo del camino, constituye el verdadero mundo. Y lo que en su lenguaje deja sin nombrar a Dios, sigue siendo igualmente Dios, como se expresa en el maestro Eckehardt.

Pero la voz del camino sólo la entienden los que han nacido en su ambiente y son capaces de escucharla. Obedientes ellos a sus orígenes, rompen las cadenas aherrojantes de las maquinaciones humanas. En vano se esfuerza el hombre por ordenar con sus planes el orbe. Todo el que no sepa someter-

LAGO

se a la voz del camino está condenado a fracasar continuamente. La sordera es un peligro inminente que a todos nos amenaza. Los oídos del hombre moderno sólo se abren a los ruidos de las máquinas y de los aparatos, que empiezan a ser considerados como si fuesen la voz de Dios. De esta manera el hombre se distrae y pierde la orientación. A los distraídos les parece monótona la augusta grandeza de lo sencillo. Y lo monótono hastía. Lo sencillo ha desaparecido. Su energía silenciosa se va agotando ya.

De día en día disminuye el número de los que reconocen la sencillez como su propiedad adquirida. Pero los pocos que quedan pertenecen al grupo de los elegidos. Ellos sobrevivirán a las gigantescas energías atómicas que el hombre ha descubierto con sus cálculos y a las cuales ha convertido en cadenas que aprisionan su actividad.

La voz del camino despierta una actitud amante de la libertad, esa voz que, en el momento oportuno, sabe saltar por encima de la desolación para penetrar en el ámbito de una serenidad alegre. Esta contiene el avance del trabajo mecanizado, el cual, efectuado sin más finalidad que el trabajo mismo, sólo produce cosas inanes.

En el ambiente del camino, que cambia según las estaciones del año, nace y se desarrolla la serenidad sabia, cuyo gesto tiene a veces un aire de melancolía. Al que no le ha sido dado el saber sereno, no lo alcanzará nunca. A los que lo poseen, les viene del camino. En su ruta se encuentran las tempestades del invierno y los días de la cosecha, la fuerza renaciente de la primavera y el tranquilo morir del otoño. Allí también se miran de hito en hito el jugueteo juvenil y la sabiduría de la vejez. Todo lo serena una armonía infinita cuyo eco lleva el camino silencioso de aquí para allá.

Por la serenidad sabia se entra en el reino de la eternidad. Sus puertas se mueven sobre goznes que un herrero perito ha sabido construir con los enigmas de la existencia.

Desde el bosque el camino vuelve hasta la puerta del parque. Una cinta estrecha pasa por la loma del último montícu-

lo y conduce hasta los muros de la aldea. Arriba en el cielo centellean pálidas las estrellas. Más allá del palacio se yergue la torre de la iglesia de San Martín. Lentamente, y como indecisas, resuenan en la noche once campanadas. El martillo de las horas hace temblar la vieja campana, de cuya soga tiraron las manos en los días ya lejanos de la infancia.

Después que se han extinguido las vibraciones de la última campanada, el silencio se hace más profundo. Lo inunda todo y llega hasta las tumbas de aquellos que han sido sacrificados por dos guerras mundiales. Sencillez, por todas partes sencillez. Lo siempre idéntico causa admiración y extrañeza, y rompe toda clase de ligaduras. Ahora se percibe con claridad la voz del camino. ¿Es el alma la que habla? ¿Habla el mundo? ¿Nos está hablando Dios?

Todo nos dice que aprendamos a renunciar. La renuncia no empobrece. La renuncia es riqueza. En la sencillez existen ocultas energías inagotables. Y la voz nos conduce a la patria donde están nuestros orígenes.

MARTIN HEIDEGGER.

Versión del alemán por Aurelio Fuentes.
Grouerstrasse, 19.
GÖTTINGEN (Alemania).